



LO QUE PODEMOS
CONTAR

Mario Miguel Ojeda

LO QUE PODEMOS
CONTAR



Primera edición: marzo 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Mario Miguel Ojeda

ISBN: 978-84-19151-60-5

ISBN digital: 978-84-19151-61-2

Depósito legal: M-6378-2022

Editorial Adarve

c/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a la memoria de Guillermo de León Adams;
en su compañía y con su aliento me hice lector: en gran
parte por él ahora puedo dar este paso.*

Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero, seleccionar, podar. Los recuerdos son como las plantas: hay algunos que deben eliminarse rápidamente para ayudar al resto a desarrollarse, a transformarse, a florecer.

AUGÉ (1998: 23) EN *LAS FORMAS DEL OLVIDO*.

IBA CON SUFICIENTE TIEMPO

El tiempo es el mejor autor; siempre encuentra un final perfecto.

CHARLES CHAPLIN

I

Me siento en este escritorio que tanto me gusta. Inmediatamente, haciendo acto de concentración, me pongo a ordenar mis pensamientos. Lo logro, a tal grado que en unos minutos estoy listo para empezar a escribir. Tengo la necesidad y unas ganas que no puedo contener. Apenas mi lapicero empieza a deslizarse parsimoniosamente sobre las líneas en la libreta, me llega a la memoria que ese día iba con suficiente tiempo. Recuerdo que eso, en alguna medida, me reducía la tensión, me relajaba un poco y me daba espacio para razonar y reflexionar mientras el viaje transcurría. Iba cómodamente sentado en un vagón con pocos pasajeros. La imagen del entorno —veo los atuendos, las fisonomías y las expresiones— ocupa momentáneamente mis pensamientos. Pero debo pensar en mí, eso lo sé, y me obligo a regresar a mis evocaciones.

Me recuerdo diciéndome que me había preparado bien, realmente bien. En esa escena, obligándome a retomar mis reflexiones, evoco todo lo que ahora, en el preciso momento de escribir, puedo enfocar con mi atención que, por mi arbitrio, se está desempeñando de manera

fraccionada. También me decía que aquello que sé que me pasará es simplemente extraordinario. Concluyo, cuando lo escribo, que eso es lo fundamental.

Así, ahora ya mirando la página escrita casi a la mitad, haciendo un resumen, puedo decir que el recuerdo que me ocupa es el de estar me sintiendo inmensamente feliz, plagado de una dicha verdaderamente especial. Hoy, al estar abordando esta tarea pendiente —la de darle forma a este relato— me digo cuando tomo una pausa —pasando la vista sobre el librero principal—, que no podía ser de otra forma. Sé que en ese momento en el que viajaba en el metro, sabía que me esperaba el evento culminante de mi carrera. Atrás se estaban quedando los desvelos, las malpasadas, las incomodidades y, sobre todo, la incertidumbre sobre qué era lo que seguía.

Mientras escribo otro renglón me ubico, regresando con mis pensamientos a lo que sucede en el vagón, que es donde me veo al hacer la evocación. Nuevamente estoy ahí; ahora el metro está haciendo una parada —unos que suben, otros que bajan—. En ese preciso instante, desviando mi atención —porque nuevamente arrancamos— me percibo vislumbrando mi meta. Recuerdo que la sentía muy cerca, y eso me llenaba de emoción. Estaba seguro que después del trance por venir —el cual no dudaba que requeriría lo mejor de mí— estaba la ansiada estabilidad. Pensé con gran emoción que sería profesor asistente de tiempo completo, que ganaría la plaza por oposición, y que con eso se consolidaría el arranque de mi carrera académica. Para nada era menor el logro que

estaba por conseguir; lo entendía muy bien, y me sentía orgulloso de todo lo que había sido capaz de hacer hasta entonces. Rompo mis evocaciones, pero a pesar de eso mi cuerpo se resiste a abandonar el recuerdo: siento nuevamente aquella emoción, que poco a poco se atenúa conforme retorna la distancia.

Mientras escribo, cuando aún estoy ocupado por ese recuerdo, necesito tomar aliento; respiro profundamente mientras me digo que las cosas después pasaron de alguna manera previsible: «los azares se conjugaron con mis afanes, y poco a poco logré el lugar al que aspiraba». Me perturbo porque no me gusta cómo digo esto último. Lo escribo, lo tachona, y después respiro varias veces. No sé si me gusta del todo. Lo dejo así. Miro el librero otra vez —lo encuentro hermoso en su tamaño, en su ocupación, por los volúmenes que lucen acomodados, por su organización—. Respiro y entonces ya he regresado totalmente adonde estoy escribiendo; ya no estoy en el metro, ya no estoy en ninguna otra parte. Logro superar totalmente la sensación de la doble ubicación. Otra vez estoy en el presente, solamente escribiendo. Tomo un tiempo para leer. Ahora, finalmente, sí me satisface: me gusta cómo se lee, como fluyen las ideas plasmadas. «Voy bien», me digo.

II

«El trabajo paga», recuerdo que me había dicho mi supervisor el Dr. McDouglas justo cuando cumplí mi primer año en Norwich. Había venido para un posdoctorado, casi seis meses después de que concluí los trámites administrativos para la obtención de mi título —documento que necesitaba debidamente apostillado. (Lo conservo en un estuche muy elegante, bien guardado en el fondo de un cajón de un mueble que está en la sala, y de cuando en cuando lo saco para mirarlo: Doctor en Ciencias Biológicas, por la Universidad Nacional Autónoma de México, la famosa y prestigiosa UNAM).

Cuando uno hace un recuento de su vida académica, eso de decir «entonces obtuve el título de doctor...» se escucha simple; pero ahora que lo estoy recapitulando, y precisamente cuando me ubico en esa etapa, recuerdo que ese grado fue el resultado de cinco años de arduas labores; sobre todo fueron arduas las de los tres primeros, que se distinguieron por el excesivo trabajo: casi veinte salidas a campo por periodos de al menos una semana, además de que tuve que tomar y acreditar varios

cursos, y encima no bajar la guardia en el estudio y dedicación atenta que implicaban los talleres y, sobre todo, la atención especial que me merecían los seminarios, los muchos seminarios, tantos que ni siquiera me di tiempo para hacer una vida mínimamente digna —y me refiero a esa vida integral que reclama una ciudad tan llena de vida y opciones culturales como es la Ciudad de México—.

Recalco esto porque tengo que decir que en esos primeros tres años de mis estudios doctorales no hice otra actividad que no estuviera directamente relacionada con mi proyecto formativo. Había asumido una disciplina inflexible para hacer todo aquello que sabía que me garantizaría tener el mayor desempeño del que yo era capaz y, en consecuencia, las mejores notas para mi expediente académico. Tanto era aquello que me abstraía en esa dinámica que a veces me la pasaba trabajando sin acordarme de comer. Me acuerdo de las varias veces en que esto pasó; en la mayoría de esas ocasiones, vine a reparar en el hambre justo hasta que el cansancio ya me estaba venciendo —lo que sucedía usualmente pasada la medianoche—. Afortunadamente mi casera de aquel entonces se preocupaba genuinamente por mí y me ofreció —por una módica cuota adicional— un esquema de desayuno rápido antes de salir a la universidad, y bocadillos por la noche, que —con algunas bebidas nutritivas que yo me traía de la tiendita de la esquina— fue lo que me permitió transitar durante esa etapa —que ahora califico de un esfuerzo sobrehumano— prácticamente sin enfermarme. (En este momento decido hacer un paréntesis para en-

focar bien las cosas, pero sobre todo para ordenar mis ideas. Me distraigo un poco husmeando en unos papeles, con notas, que están a mi lado. El plan de escribir este relato viene de varios años atrás. En algunas ocasiones anteriores he escrito notas y pequeñas redacciones que estuve seguro que iría recuperando. Una vez que termino la revisión, me doy cuenta que no hay cosa alguna que me sirva para anotar en esta parte que estoy redactando. Tomo aliento. Antes de retomar el hilo, reviso unos títulos de los volúmenes en el librero principal. Reparo en *Numerical Ecology*. Evoco detalles asociados a mis cursos, a los seminarios. Concluyo que no hay aspectos que valga la pena mencionar). Releo el último párrafo escrito. «Escribir así», me digo, «realmente me gusta». Vuelvo a tomar el lapicero.

III

Las cosas pasaban en rutinas agotadoras, fundamentalmente sin variaciones, salvo las explicadas por el día de la semana: los lunes eran días revisando literatura y tareas y los jueves muchas clases y seminarios. Prácticamente así fue hasta que apareció Omar. Al escribir su nombre me viene su imagen en aquel día en que nos conocimos. Fue en la cafetería de Ciencias; yo asistí al auditorio de esa facultad, creo que fue a escuchar una conferencia sobre transgénicos. Recuerdo que me había quedado a comer porque esa cafetería era una de mis preferidas en la zona universitaria. Cuando llegó Omar estaba recién instalado en una mesa y me disponía a dedicarme a obtener la comida. Mientras lo miraba fui hasta el área donde despachaban los platos. Llegando de regreso, con las manos ocupadas por la charola con mi primer plato, me di cuenta de que Omar venía justo hacia mí. Me pidió permiso—muy parsimoniosamente, lo recuerdo bien— para compartir la mesa. Claramente era una invitación a compartir, porque muchas veces alguien se sentaba conmigo—o yo me sentaba con alguien— y no intercambiábamos palabra

alguna: no compartíamos más que la mesa; es decir, solo un espacio y nada más. En esos casos —según la costumbre estudiantil— ni se pide permiso. Ahora recuerdo que lo usual en el campus es que los solitarios —sobre todo estudiantes de doctorado que además son foráneos— anden muy abstraídos en lo suyo; yo era uno de esos.

Así como lo digo: por esa forma de comunicarnos desde el inicio, me percaté que la relación con Omar sería atípica. Lo recuerdo mientras nos mirábamos reconociéndonos con simpatía como dos seres de la misma especie. Nos presentamos y, acto seguido, nos sentamos. Ya sentados, hablando, entre bocado y bocado, nos conocimos todo lo que se podía en una comida de este tipo, usualmente rápida, digamos de unos treinta o cuarenta minutos. Ese día supe que Omar vivía con otros dos paisanos: eran de Sonora. En esa ocasión no intercambiamos ni correos ni teléfonos, pero nos identificamos muy bien; como lo dije, hubo cierta química, algo que yo llamo una simpatía especial. Quedamos en volver a vernos, en ese mismo lugar, al día siguiente, a la misma hora.

«Tú también me caíste muy bien», me diría la tercera vez que nos vimos; ese fue un día en el que ya salimos por la ciudad; me viene a la memoria que fue para dar una vuelta por La Alameda, a pasear un poco por el centro histórico: «Para hacer un poco de ejercicio y conocernos un poco más», me dijo Omar cuando me invitó. Haciendo el recuento con cierta precisión, puedo decirles que fue durante casi dos meses seguidos en los que nos vimos regularmente; hoy hago el cálculo de al menos una

docena de veces. Tal hecho se explica porque coincidió precisamente con un periodo de inicio de semestre; en general, tanto él como yo, en este tipo de periodos, teníamos relativamente poco trabajo académico y podíamos darnos la libertad de descansar al menos un par de horas al día.

Desde las primeras veces, cuando lo analicé físicamente, me di cuenta que Omar se parece mucho a Eduardo. (De él, que fue mi mejor amigo en la juventud, hablaré un poco, más adelante). Sin embargo, también debo aclarar que, en otro sentido, es muy diferente: tiene una forma de comportamiento que hasta se puede calificar de autócrata; está siempre listo para decirte qué debes hacer y cómo hacerlo, aunque siempre deja ver su buena intención —y eso es precisamente lo que me atrajo de él—. En esto Omar es todo lo contrario a como es Eduardo. Cuando le platicué —en esta ocasión sí ampliamente— sobre lo que estaba haciendo para mi investigación doctoral —que fue justo otro día que salimos a comer fuera del campus— me sugirió estrategias y métodos para mejorar mi desempeño. Me ilustró con su manera de organizar y hacer las cosas refiriendo sus propias experiencias, tanto en los cursos que tomaba como en sus proyectos. Omar estaba en aquel entonces estudiando literatura inglesa, y tenía una suerte de obsesión con el idioma, «el de Shakespeare», como él le dice—. Con argumentos muy sólidos me instó a trabajar en inglés, y —por si no tuviera suficiente— me convenció que debería prepararme muy bien para escribir mi tesis en ese idioma (era una opción

que, en aquel entonces, recién se estaba promoviendo en los doctorados de la UNAM). Fue precisamente en ese marco en el que me animó a que entrara en contacto con el Dr. McDouglas, que era uno de los autores más citados en mis borradores de algunos de los capítulos de la tesis —que por aquellas fechas ya había escrito, aunque fuera muy preliminarmente—. Recuerdo que se los di como respuesta a su insistencia —que ahora no tengo más que agradecer—. Le di unos impresos que ya tenía, dizque para que viera lo que yo estaba trabajando, y para que se enterara mejor de cómo estaba redactando. Él me insistía que, para escribir bien en inglés, desde la escritura en español se debe dominar un estilo, que debe ser directo, sin rebuscamientos, con economía de palabras. «Te los leeré críticamente», me dijo, «ya verás que esto te ayudará». Parece que lo tomaba muy en serio, porque al ver que eran como un ciento de hojas, primero me dijo que se tardaría un par de semanas, pero terminó por tomarse varias más —tal vez casi dos meses—. Recuerdo que un día —en el que fui yo el que lo invito a comer— llegó con los capítulos: «Aquí tienes el trabajo, ahora engargolado, pero también con muchas anotaciones», me espetó muy convencido de que me hacía una aportación importante. Mientras ojeaba lo que me entregó, sorprendido por la cantidad de anotaciones que tenía, me exponía sus comentarios generales y sugerencias; al escuchar que se lo estaba tomando muy comedidamente, le brindé toda mi atención; cuando terminó primeramente le agradecí, dando los rodeos que a él tanto le molestaban y que fre-

cuentemente me criticaba. «No digas tantas palabras, si me dices gracias yo te digo de nada, lo demás sobra», me espetó. Hablamos mucho esa vez, aunque no puedo hacer un recuento pormenorizado ni siquiera de las cosas más importantes que me dijo; pero sí estoy seguro de que aquella charla fue decisiva para lo que pasaría después. Lo que sí me viene a la memoria con mucha precisión es que fue cuando ya tomábamos el café que platicamos del Dr. McDouglas. Yo le conté todo lo que sabía de este científico: le narré los hechos y logros por los cuales le profesaba una admiración especial. Me escuchó con mucha atención y, al concluir yo, él sacó, de un *folder* que traía, una hoja en la que había unas anotaciones; me mostró en una de ellas todas las veces que había citado a McDouglas en el segundo capítulo de los tres que ahora estaban en el engargolado. Me viene a la memoria de todo el cuerpo cómo me sentí, porque eso me dio mucha pena —por mi ingenuidad y descuido—, pero Omar lo minimizó: «eso no importa...escríbele, pláticale sobre lo que estás haciendo, tal vez se interese», me insistió, porque yo —un poco antes de una alocución que tuvimos sobre cómo construir las oportunidades— no veía que eso pudiera tener algún caso. Hoy que estoy escribiendo este texto con las remembranzas que guardo de aquella vez, respiro y me digo: «Cuánta razón tenía, cuánto bien me hizo y cuánto le agradeceré por siempre».

Reflexiono sobre por qué estoy escribiendo. Concluyo que es un tributo. Me digo que, en este trayecto final de mi carrera, la valoración de las contribuciones y de

los contribuyentes a mi formación es lo que me obliga a seguir husmeando en mi memoria. Respiro y cierro el cuaderno. Hora de tomarme un descanso.

IV

Tengo que decir que Omar y yo nos veíamos casi exclusivamente para hablar de nuestros afanes, pero sobre todo de nuestros proyectos futuros. Eso era lo único que por aquellos tiempos nos interesaba, tanto a él como a mí, y justo eso era lo que nos unía de una forma sólida; también eso explica que ocupáramos muy poco tiempo para compartir en otros ámbitos, de otras cosas. Debo reconocer que fue por la pasión que tenía Omar por aquello que estudiaba entonces —Literatura Victoriana— por lo que me empecé a interesar por la historia de Inglaterra. Él profesaba y comunicaba un gran entusiasmo; yo en un principio pensé que era porque se encontraba al inicio de su proyecto de investigación doctoral, pero pronto me di cuenta que había una pasión personal que pendía de sus antecedentes y sus afanes previos. Sus perspectivas eran muy amplias y su formación anterior era tan sólida que, conforme él me documentaba con sus elocuciones, me causaba más admiración, una admiración que al analizarla hoy me convenzo que era muy genuina. Las charlas que me daba siempre terminaban destacando el valor de la palabra en el idioma

original —en este caso el inglés— y la importancia de dominarlo para poder usarlo eficientemente. Debo destacar que también a sugerencias de él empecé a tomar cursos avanzados de inglés. Su amor por este idioma y la forma en la que hablaba de sus autores me marcaron de una manera determinante. Es así que se puede explicar que las últimas veces que nos vimos solo hablamos en inglés, lo cual entonces aún me causaba un estrés especial y me obligaba a hacer esfuerzos redoblados. Me evoco sudando para hablarlo de acuerdo a los altos estándares de Omar.

Por esto que les digo se imaginarán que estaba tan presionado por este tema del inglés, que en los diez meses antes de mi viaje a Inglaterra —ya cuando estaba preparando el examen de grado— me dediqué a perfeccionar mi pronunciación —que Omar me criticó todo el tiempo— y a estudiar aspectos de la cultura inglesa, y a prepararme en otros aspectos que estaban precisamente relacionados con las exigencias de mi expediente académico, y del, ya para entonces tan deseado, viaje.

Las cosas, aunque tardaron un poco más de un año en definirse, yo sentí que se dieron de manera vertiginosa: el Dr. McDouglas, como Omar pronosticó, se interesó en conocer mi tesis; se la mandé —por supuesto, previa revisión de Omar— con una carta muy escueta en la que al final le decía que: «me interesaría, si es que esto fuera posible, visitar su departamento». Como respuesta, pasado un mes, cuando ya empezaba a desanimarme, recibí —vía correo electrónico— una propuesta para someter una solicitud para una estancia posdoctoral, la cual estaba

dotada con un estipendio que era más que suficiente para vivir bien en Inglaterra —según la expresión de Omar, que estaba más feliz que yo por esa oportunidad, que sabía que se había concretado justamente por su insistencia—. La cosa no era segura, lo decía la carta con cierta diplomacia; «ni mucho menos sencilla», me dijo Omar. Recuerdo con claridad sus palabras: «tienes que llenar un conjunto de requisitos —lo más importante es pasar con buena nota los exámenes de inglés— y enviar papeles, cartas de recomendación, llenar formularios, etc., pero lo realmente notable es que has sido invitado, y eso es por tu tesis: eso dice mucho entre líneas, te lo digo de verdad convencido». La nitidez de mis recuerdos me trae muy claramente la conclusión: ese día el entusiasmo de Omar era tan contagioso que justo en ese instante la emoción de una perspectiva muy promisoría me empezó a invadir. Al pasar los días, precisamente con el alimento de esa energía, redoblé mi esfuerzo con las acciones implicadas: me hice a la tarea de integrar mi expediente, hacer todo lo que se me indicaba en el instructivo, pero sobre todo me dediqué a estudiar y practicar inglés como un poseso.

Entonces Omar y yo empezamos a encontrarnos para hablar exclusivamente en inglés y para que me revisara algunos escritos. Tenía que completar tareas que requerían un especialista en idioma para garantizar el envío de un par de artículos a revistas de buen impacto, que por tal motivo tenían niveles de exigencia especiales. En la última ocasión que nos vimos, que fue antes de que se fuera de vacaciones a Hermosillo, a casa de sus padres,

le comunicué que había sido aceptado para la estancia posdoctoral. Celebramos con una cena, y nos tomamos una botella de vino; Omar había recibido su mes de beca y todo corrió por su cuenta. Fue una verdadera celebración: pura dicha. Quedamos en que vendría a despedirse de mí. Yo empezaba la etapa más intensa y estresante de los preparativos del viaje. Todo pasaba como una película que se adelantaba a alta velocidad y hoy los recuerdos son muy borrosos; al grado que podría decir que sé que hice muchas cosas, pero no me acuerdo ni cuándo ni cómo. Lo que sí me viene a la memoria es que dos días antes de la fecha en que Omar debería venir a despedirse me habló para decirme que no podía viajar, que a su madre le había dado un paro respiratorio y la tenían hospitalizada. Fue algo que sentí mucho por él; y aunque me embargaba una pena por no poder verlo, como pude lo animé y le dije que no se preocupara, que atendiera sus asuntos, que ya mucho había hecho por mí. Sus palabras sonaron extrañas, llenas de dolor: «Estaremos en contacto, te deseo lo mejor; estoy seguro que lo conseguirás. Un abrazo», dijo y colgó. Hoy me viene a la mente la emoción que tuve y con ella la certeza de que iba a extrañar a Omar. Cuando escribo esta última línea, me digo que tengo que ordenar nuevamente mis ideas; respiro varias veces, me levanto y camino por la biblioteca. Miro por la ventana el extremo del edificio de al lado. Las lágrimas me vienen; las dejo fluir. El llanto intenso dura varios minutos. Poco a poco se hace menor el sentimiento. Finalmente, puedo respirar pausadamente y me calmo. Me decido a continuar.